

**Una Iglesia misionera para el hombre de hoy:
acción y oración en nuestras Obras Misionales Pontificias**

México, 2 de octubre de 2018

Queridos hermanos en el bautismo, queridos hermanos sacerdotes y obispos:

Antes de nada debo darles las gracias por haberme invitado a inaugurar en México este año misionero. El Papa Francisco ha querido para la Iglesia universal un mes misionero en octubre de 2019, pero la ocasión del 50 aniversario de la revista de las Obras Misionales aquí en México les ha dado a ustedes la justa motivación para celebrar un año entero dedicado a la misión. Siento el deber de darles las gracias por haber querido dar todavía más importancia a la misión con esta iniciativa.

Efectivamente, la misión -y con ello quiero decir el anuncio explícito del Evangelio- es la razón por la que Dios ha querido la Iglesia. La Iglesia existe para llevar el Evangelio y, de esta manera, dar a conocer a Cristo, de manera que el hombre que cree tenga en Cristo la vida eterna. El año misionero debe ayudarnos a volver a poner en esta perspectiva toda la vida de la Iglesia. Así, el Papa Francisco escribe que “la misión es el paradigma de la vida eclesial”. Por lo que no se trata de un tema periférico, sino del núcleo de nuestro ser y actuar como cristianos. Durante estos meses en la presidencia de las Obras Misionales Pontificias he podido redescubrir la centralidad de la misión y, al mismo tiempo, verificar cuánto hacen nuestras Obras para sostener la misión. Y diría todavía más: todo el magisterio pontificio y conciliar sobre el tema de la misión desde los inicios del siglo XX a hoy, insisten en que las Obras Misionales Pontificias son una institución necesaria y que hay que apoyar, precisamente porque existen en función de la *missio ad gentes*, o sea, del anuncio del Evangelio a toda criatura. Yo estoy muy agradecido de poder contribuir a este aspecto esencial de la vida eclesial, junto con ustedes.

De hecho, la *missio ad gentes* inicia con el comienzo de la Iglesia misma, cuando Jesús dice a sus discípulos, antes de dejar este mundo para reunirse definitivamente con el Padre: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Este mandato de la Iglesia, incluso hoy, está lejos de llegar a su término. La *missio ad gentes* es válida todavía hoy, porque muchos, todavía, no conocen a Cristo. Esto

es verdad en las tierras propiamente de misión, si pensamos que de los más de siete mil millones de hombres en la tierra, no llegan a dos mil millones los que conocen a Cristo. Pero también es verdad en los lugares donde muchos están bautizados nominalmente, pero en realidad -y no necesariamente por su culpa- viven en un estado objetivo de lejanía de Dios y de su Iglesia, con todos los sufrimientos que esto comporta. La violencia frecuente e inaudita, también en este país, testimonia exactamente cómo el Evangelio ha llegado, pero necesita impregnar más profundamente la vida de nuestros fieles. De hecho, la cultura secularizada que margina a Dios se difunde con un vigor inusitado, al que a veces se tiene la impresión de que no conseguimos resistirla. Por eso la necesidad de un anuncio sólido, cualificado, continuo, de Cristo. No se trata -quisiera aclararlo enseguida- de fomentar el sentimiento religioso, sino de anunciar la fe, es decir, Cristo muerto y resucitado, en el cual encontramos el perdón de los pecados y el acceso a la vida eterna. Noto, a veces, ambigüedad en esto, por lo que es importante insistir en que la primera tarea de la Iglesia misionera es favorecer el encuentro personal con Cristo, que el hombre necesita. Esta centralidad debe estar muy presente en todas nuestras acciones pastorales.

Hoy, en mi discurso que les dirijo, quiero desarrollar un recorrido en 4 pasos: el origen trinitario de la misión, la misión en América Latina, la misión en el mundo digital, y, por último, una propuesta pastoral.

1. El origen trinitario de la misión

Como decía, Cristo ha confiado un mandato a la Iglesia, pero a su vez, el mandato de Cristo tiene su origen en la vida trinitaria. La Iglesia es misionera porque la Trinidad es misionera. Estudiemos mejor esta afirmación. Dios es uno, pero no está solo, porque Dios es amor, o, mejor, caridad, como escribe San Juan. Y nadie puede amar sin alguien a quien amar. Por eso Dios es trino, y en la Trinidad se da amor recíproco. Pero el amor, por su naturaleza, no está parado: desea derramarse ulteriormente, darse, difundirse. El amor es algo tan hermoso que no se sacia nunca, no basta nunca: es como una fuente que se regenera constantemente. Nuestras experiencias de amor verdadero muestran esta fuerza interior del amor, que sabe ir más allá de todos los límites. Por eso, por su naturaleza, el amor se difunde y atrae. Esto vale mucho más para la fuente del amor, que es la Trinidad. La teología ha expresado esta dinámica de la Trinidad, este movimiento constante de amor en la Trinidad, en la generación eterna del Hijo y en la espiración eterna del Espíritu. En esta misma dinámica de amor, Dios ha creado el mundo, y, después de la caída, ha enviado al mundo a su Hijo para que el mundo recupere la belleza que Dios le había imprimido, pero que el

mundo ha perdido a causa del pecado. La venida del Hijo al mundo nos indica cómo Dios no se cansa nunca del mundo, sino que envía a su Hijo para salvarlo. El Hijo, a su vez, nos deja el Espíritu Santo para que éste dinamice interiormente a la Iglesia. El día de Pascua, el Señor resucitado se aparece a sus discípulos y les dice: “Recibid el Espíritu Santo”. Así, la Iglesia, gracias al Espíritu, retoma y vuelve a proponer a lo largo de los siglos cuanto Cristo ha hecho por nosotros. Cristo envía a la Iglesia, Él, enviado por el Padre, para que la Iglesia pueda llegar a cada hombre, y, mediante el anuncio de la Palabra y los sacramentos, cada hombre pueda conocer, en Cristo, el don del Espíritu, y, consiguientemente, la vida eterna. Nosotros somos alcanzados por la dinámica de amor de la Trinidad, la hacemos nuestra, y entramos en ella para difundirla ulteriormente, para que otros hagan parte de ella, para que toda la creación pueda entonar un himno universal de gloria a Dios. ¡Esta es la misión! Como dice San Juan en su Evangelio: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo”.

He querido retomar, junto al magisterio conciliar y post-conciliar, el tema del origen trinitario de la misión para subrayar que no se trata de una obra nuestra, sino que es en primer lugar obra de Dios en la que tenemos el privilegio de participar. La misión no es simplemente obra de la Iglesia o voluntad de la Iglesia: sería una forma de proselitismo. Al contrario, la misión es obra de Dios que continúa en nosotros y a través de nosotros en todo el mundo. Por este motivo, para la Iglesia, la misión no es una opción entre otras muchas, sino su razón de ser. Después de este fundamente teológico, quisiera considerar ahora el tema en la perspectiva latinoamericana.

2. La misión en la perspectiva latinoamericana

Hace 11 años, en Aparecida, la Iglesia Latinoamericana hizo un análisis de su realidad y un importante proyecto eclesial y pastoral. Esa experiencia ha sido un fuerte soplo del Espíritu Santo para que la Iglesia se renovara, especialmente renovara su espíritu misionero.

Esa renovación, dijeron los Pastores de esta tierra, tenía que pasar urgentemente por la necesidad de conversión y por la asunción del testimonio de la fe.

La pregunta que tendríamos que hacernos es: ¿Qué ha cambiado en estos 11 años de caminar eclesial? ¿A qué punto está el proceso de renovación y conversión al que fuimos invitados?

Una cosa, sin duda, ha cambiado y ha sido fruto de la Providencia. Ahora, quien guía la “barca de San Pedro” es Papa Francisco, un pastor de estas tierras y que, del evento eclesial de Aparecida, ha sido un protagonista fundamental. Tan fundamental que algunos comentaristas se atreven a decir que podemos entender Papa Francisco a la luz de Aparecida y viceversa.

De esta experiencia eclesial quisiera subrayar dos aspectos: el *discipulado misionero* y la *piedad popular*.

Considerado el lugar adonde estamos reunidos, a los pies del Tepeyac y a pocos pasos de la Basílica de Guadalupe, voy a comenzar por el segundo aspecto, considerando que para comprenderlo hay que adentrarse un poco más en el tejido de vida de esta Iglesia. En escucha de lo que el Espíritu le ha venido diciendo a través del camino de fe de los sencillos, a pesar de cierta tendencia eclesial a devaluarla a simple tradición popular, la Iglesia Latinoamericana sigue reconociendo que la *piedad popular* “contiene y expresa un intenso sentido de trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal” (DA 263); “una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros” (DA 264).

Este mismo sentir, en las huellas de Papa Pablo VI en la Carta *Evangelii nuntiandi* (48), lo expresa el Papa Francisco, en *Evangelii Gaudium*, n. 126, cuando habla de la fuerza evangelizadora de la *piedad popular*. Hay en la *piedad popular* dos elementos que me parecen son fundamentales: el *encuentro* y la *cercanía*. Son elementos característicos del obrar de Dios en la historia de la salvación. Moisés llegará a afirmar: “¿Existe acaso una nación tan grande que tenga sus dioses cerca de ella, como el Señor; nuestro Dios, está cerca de nosotros siempre que lo invocamos?” (Deut. 4,7). Y así sucesivamente hasta el cumplimiento de la promesa. De hecho, el Dios que se encarna, se llamará Emmanuel: el Dios con nosotros. Nos lo asegura Cristo mismo en las últimas palabras de Evangelio de Mateo: “Y yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt 28,20).

Recuerdo que con ocasión de los 500 años de la llegada de Colón a este continente algunos corregían el lema de “encuentro de dos mundos” con el de “desencuentro”. Sin duda, también la manera con la cual se llevó el primer anuncio cristiano a veces puede ser cómplice de ese desencuentro. Pero justamente aquí, a pocos pasos de donde nos encontramos, tenemos un signo más, único y maravilloso, de como Dios sigue indicándonos este camino. María sale al encuentro de un indio, Juan Diego, al que llama con palabras muy cariñosas, y le asegura su cercanía. Cercanía que no es pasajera, sino que quiere ser permanente, tan permanente que quiere hacerse templo, quiere hacerse casa,

quiere hacerse hogar. “¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría?”.

Me llama la atención que, a pesar de la pujante y variopinta realidad de la *piedad popular*, que mueve y caracteriza a millones de latinoamericanos, se sigue constatando con preocupación el crecimiento asimétrico porcentual de la Iglesia respecto del crecimiento poblacional y el significativo número de católicos que abandona la Iglesia para entrar a otros grupos religiosos (especialmente evangélicos y pentecostales), o la difusión de un estilo de vida lejano de la fe (cf. DA 100 a y f), o sea, un secularismo que llega a permear la vida concreta de muchos, casi como si Dios no existiera. No se pueden explicar estos procesos sin referirse también a debilidades dentro de la Iglesia: una pastoral que poco considera la iniciación cristiana; un cierto tipo de eclesiología y espiritualidad demasiado centrado sobre la dimensión política de la fe; el insuficiente número de sacerdotes y la poca equidad en su distribución territorial; la falta de espíritu misionero del clero y la poca (o nula) formación misionológica en los seminarios; una evangelización con poco ardor, sin nuevos métodos y expresiones, que a veces poco acepta los nuevos carismas que Dios ha preparado para su Iglesia después del Concilio Vaticano II; y finalmente el escaso acompañamiento de la misionariedad de los laicos en sus respectivos servicios en la sociedad y en la Iglesia (cf. DA 100c).

A veces, nos interpela el Papa Francisco, la manera con que llevamos adelante nuestro anuncio, pone de manifiesto un actuar “lejano”, con una pastoral de tipo disciplinario que privilegia los principios, las conductas, los procedimientos, y no el anuncio que mira al encuentro personal con Cristo. En el santuario de Guadalupe podemos ver cómo Dios quiera encontrar al hombre a través de la Virgen, con un lenguaje que el hombre mismo pueda entender. La tilma que se venera en la Basílica retrata una joven de esta tierra. Aquí la cercanía se hizo comunión y pertenencia. La cercanía tomó forma de diálogo y permitió a estos pueblos encontrarse con Jesucristo.

Dios es cercano, y sale a nuestro encuentro personalmente, a cada uno de nosotros.

El otro aspecto que quería subrayar es el del *discipulado misionero*, que sin duda constituye en sí una categoría misionológica fundamental, porque se trata de un discipulado en estado permanente de misión. Considero iluminador que a partir de Aparecida hayamos dejado de hablar de discípulos “y” misioneros, para referirnos como “*discípulos misioneros*”, dado que lo misional no es un agregado a la vocación discipular, sino esencial a su identidad cristiana (cf. DA 144); es un modo de ser y estar en el mundo y de llevar al mundo la

alegría de la fe. De esta forma se puede redescubrir lo que el Concilio nos dice sobre la corresponsabilidad de los bautizados a ser testigos de la fe, a ser con su bautismo luz para el mundo. Es la razón por la cual también el tema del Mes Misionero extraordinario de octubre de 2019 es: “Bautizados y enviados. La Iglesia de Cristo en misión en el mundo”. Ser cristianos, ser discípulos de Cristo es una gracia recibida, una llamada a ser compartida con generosidad; en otras palabras, a ser misión. Hoy necesitamos bautizados de fuerte personalidad y de vocación abnegada que sean misioneros. La misionariedad saca al discípulo de toda tentación de intimismo e individualismo religioso, de “una fuga hacia un mundo exclusivamente espiritual” (DA 148). La misionariedad, al contrario, coloca al discípulo en la realidad. Así como lo fue con Jesucristo, no existe misión sin una relación personal con los hombres y mujeres de hoy, sin una pasión personal para el aquí y ahora, para los “cercanos” y los “lejanos”. Es una real predilección, que nos involucra en lo afectivo y en lo operativo.

Pero el discípulo de Jesucristo vive este espíritu misionero y entonces mira la realidad, la juzga y actúa desde la experiencia del encuentro con Jesucristo, que lo constituye en sujeto creyente, y desde esta experiencia de cercanía y comunión contempla la realidad. Más aún: Jesucristo no es solo aquel a quien encontramos; Él es el contenido. Así como lo fue para los discípulos de Jesús que Él llamó para que estuvieran con Él y después para enviarlos a predicar (Mc 3,13ss.), también hoy es necesario que sigamos empapándonos en su presencia. Los primeros discípulos han aprendido la profesión mirando al Maestro y trabajando con el Maestro. Después han sido suficientes pocas indicaciones prácticas concernientes el comportamiento y el estilo, porque lo que tenían que decir lo habían aprendido antes de Él y con Él. Es Él que evangeliza en nosotros. Cada plan pastoral tiene que tener este enfoque cristocéntrico, o sea, el horizonte de la fe, del encuentro personal con Cristo.

La piedad popular puede llegar a ser una base importante para formar discípulos misioneros a través de la iniciación cristiana, o sea, a través de un camino existencial de identificación con Cristo. Efectivamente, San Juan Pablo II decía que la misión es la madurez de la fe. La Iglesia puede estar hoy a la altura de la misión si en sus miembros se da una fe madura. Nuestra reflexión y esfuerzos como Obras Misionales Pontificias deben considerar este vínculo entre fe y misión. El año misionero debe promover la fe, para que llegue a ser una fe misionera Y, por eso, una fe donde los discípulos misioneros estamos llamados a cruzar la otra orilla de las nuevas situaciones del hombre de hoy y de su modo de vivir para llevar la salvación que Jesucristo ofrece a todos.

3. Misión y medios de comunicación social

Entre estas nuevas fronteras se encuentra ciertamente el mundo digital. ¿Cómo podemos compartir la fe en el mundo digital? El motivo de nuestro encuentro, además del inicio del mes misionero, es la celebración de los 50 años de la fundación de vuestra revista misionera. Después de 50 años, solamente podemos decir que continúa siendo esencial para el misionero de hoy utilizar el lenguaje de sus contemporáneos: así lo ha hecho el mismo Jesús. Y hoy el lenguaje de nuestros contemporáneos es más bien un lenguaje mediático; y algunos datos que después les daré nos lo confirman. Quisiera indicar solamente cómo en los últimos 50 años, gracias a internet, hemos pasado de los “mass media” a los “social media”, a los “personal media”: los tradicionales medios de comunicación vía papel y televisión, con internet se han convertido en “social” porque crean redes sociales digitales. En los últimos años se han transformado aún en “personal media”, si pensamos en los chats y en la personalización de los servicios vía red que se dan substancialmente con los algoritmos que controlan nuestros accesos a la red misma. En este cuadro es válido retomar la palabra de San Juan Pablo II, que precisamente en su encíclica misionera había intuido proféticamente el cambio de época que se estaba dando. Escribía en la *Redemptoris missio*: “El trabajo en estos medios no tiene solamente el objetivo de multiplicar el anuncio. Se trata de un hecho más profundo, porque la evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influjo. No basta, pues, usarlos para difundir el mensaje cristiano y el Magisterio de la Iglesia, sino que conviene integrar el mensaje mismo en esta «nueva cultura» creada por la comunicación moderna. Es un problema complejo, ya que esta cultura nace, aun antes que de los contenidos, del hecho mismo de que existen nuevos modos de comunicar con nuevos lenguajes, nuevas técnicas, nuevos comportamientos psicológicos. Mi predecesor Pablo VI decía que: «la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo»” (RM 37); y el campo de la comunicación actual confirma plenamente este juicio.

Es decir, lo digital ya no es solamente un instrumento, sino un estilo de vida que cambia la persona y, consiguientemente también el modo de relacionarse con Dios y con la Iglesia. En este sentido, la fuerza de las grandes formas tradicionales, por ejemplo, las de la piedad popular, se deben integrar con nuevas vías de evangelización. La red es una de estas. Quizás precisamente el caso de Pauline Jaricot, la muchacha francesa nacida en 1799, cuya intuición se encuentra en el origen de nuestras Obras, nos puede ayudar.

3.1. La experiencia de Pauline Jaricot

Pauline recibe a los 17 años un fuerte llamamiento a consagrarse a Dios y a los más pobres. Gracias a su hermano Philéas, sacerdote de las Misiones Extranjeras de París, comprendió que todo cristiano está llamado a ser misionero, aunque no pueda viajar al Lejano Oriente, como ella soñaba.

Muy pronto se dio cuenta de que uno de los grandes problemas que vivían los misioneros en los países de misión eran las limitaciones económicas. Hace exactamente 200 años, con 19 años se puso a recaudar dinero con los únicos medios y redes de que disponía: conocía a las obreras de la fábrica de su cuñado. Con ellas, creó una asociación de reparación al Sagrado Corazón de Jesús y les pedía una moneda por semana entre las 200 obreras de la fábrica.

Obviamente aquellas pocas monedas no podían resolver los muchos problemas de los misioneros. Pero ella sabía que no hay nada más poderoso que la fuerza generada por redes de personas unidas por un mismo ideal. Por eso se le ocurre una idea: Crear grupos de 10 personas, en los que cada una se compromete a recitar una oración diaria por las misiones, a dar una moneda por semana, y a formar un nuevo grupo de 10 personas.

Cada grupo de 10 personas o “decena” (dizaine) elegirá a un responsable encargado de la recaudación para el apoyo a los misioneros. Los responsables de las decenas elegirán un responsable o “centenar” y así sucesivamente. Y luego los centenares se organizan a través de un responsable por mil. Rápidamente la obra se organiza: primero en Lyon, luego se extiende por toda Francia y luego por todo el mundo.

Nace así la Propagación de la Fe, una Obra que hoy reúne a personas de todos los continentes, en una red de oración y de ofrenda de la que benefician millones de personas. Tal vez se puede llamarla la primera red social mundial. Era un plan de una sencillez absoluta. La red se basaba en tres pasiones:

- El amor a Dios, manifestado particularmente en la Eucaristía.
- La pasión de compartirlo con los demás, especialmente quienes no lo conocen, a través del anuncio misionero.
- Los testimonios que con dificultad llegaban desde la lejana misión en forma sobre todo de cartas y que se convirtieron en fuerza desencadenante de compromiso.

Mucho antes que Mark Zuckerberg, aquella joven francesa había comprendido la fuerza de las redes sociales. La misma lógica la aplicó después

al Rosario Viviente, una cadena de oración que creaba grupos de quince personas, como los misterios del Rosario: un enorme movimiento mundial de oración. Y recordemos que Pauline era una simple laica, ni siquiera religiosa, con todo lo que eso significaba en aquel tiempo.

Ella y sus sucesores han utilizado el correo, la imprenta, y luego la radio, las publicaciones periódicas y la televisión para que esta red creciera y con ella la sensibilización y el compromiso misionero.

¿Qué haría hoy Pauline en la era de Facebook, Instagram, WhatsApp, la web, y el e-mail? Su capacidad para crear redes se vería potenciada de manera explosiva.

3.2. El mundo en red

Para darse cuenta de lo que significa hoy la red con su potencial misionero, voy a darles algunos datos. De los 7,5 mil millones de habitantes del planeta, 4 mil millones (el 53%) es usuario de Internet. Los usuarios de las redes sociales son poco menos, 3,1 mil millones, con un crecimiento en el año 2017 del 13%. Facebook es la red social más difundida, con 2,2 mil millones de usuarios.

Las implicaciones antropológicas de este panorama son inmensas: basta quedarse en cualquier ciudad del mundo y mirar a la gente observando la forma de como utilizan su móvil. Hoy día, en Estados Unidos o Europa, el 80% de las personas conoce a alguien que ha encontrado a su pareja a través de las redes sociales. Es decir, las relaciones de pareja a partir de las redes se han convertido en algo ordinario. Según una encuesta realizada en el Reino Unido en 2016, Facebook es la primera causa de divorcio entre parejas aducida en los tribunales.

Las redes sociales se han convertido en el lugar más importante no solamente para comunicarse, sino también para buscar trabajo, y muchas veces son el lugar en el que puede desarrollarse: el mayor instrumento de colaboración profesional y marketing.

Se puede decir que antropológicamente el impacto es decisivo. Los niños ya no saben qué es aburrirse - algo hasta ahora considerado como fundamental en el desarrollo psicológico, en particular para la creatividad -, pues siempre tienen al lado un teléfono conectado a Youtube.

Según un estudio que acaba de publicar en los Estados Unidos la empresa de salud Cigna, la mitad de los 20.000 entrevistados sienten los efectos de la soledad. Lo más curioso es que los que más siente la soledad son los de la

Generación Z (nacidos entre mediados de los años noventa e inicios de siglo). Todos los analistas han atribuido este fenómeno en parte y sobre todo a las redes sociales. Porque aunque la red te ponga en contacto con millones de personas, las relaciones se quedan tan superficiales que puedes desconectar a una persona con un clic sin que tengas que explicarle el por qué.

Nos encontramos por tanto ante un impacto antropológico inmenso. ¿Cómo afecta a la obra misionera de la Iglesia? O aun antes: ¿Dónde está Dios en internet?

En cierto sentido, despertar el sentido misionero en internet, requiere ante todo ayudar a las personas a descubrir o redescubrir el papel de Dios en sus vidas. ¿Cómo puede hacerse? ¿Cómo puede ser posible retomar la gran intuición de Pauline para crear una nueva red misionera, sirviéndonos de las relaciones interpersonales, ahora en el mundo digital, para realizar así la gran llamada misionera de la Iglesia?

3.3. El sentido de la presencia de Dios y del empeño misionero en la red

La pregunta consiste, por tanto, en saber cómo es posible que la red se convierta en lugar de compartir la fe, o sea, crear contenidos que puedan ser fácilmente compartidos por las personas. Con frecuencia, nos encontramos con bautizados que reconocen que les gustaría compartir su fe, pero confiesan que no saben cómo hacerlo, que son tímidos, que no tienen formación, no son predicadores...

Ahora bien, estos bautizados pueden convertirse en las redes en misioneros si alguien les ayuda: si se les presentan contenidos (vídeos, posts, fotos, dibujos, gráficos, eventos...) interesantes, fáciles de compartir. Compartir un vídeo que te ha tocado el corazón en ocasiones puede convertirse en un verdadero acto de evangelización. Por ejemplo, conozco un sacerdote africano que cada día comunica a todos sus amigos, vía WhatsApp, el comentario del Evangelio del día.

La comunicación en las redes exige de nosotros una auténtica conversión, que en nuestro caso podríamos llamarla pastoral o misionera. Pero se trata, primero, de entender el desafío de la red, y de utilizar, pues, nuestra creatividad para compartir en ella la fe. Pero también los criterios. Por ejemplo: con frecuencia, corremos el riesgo de pensar que porque anunciamos la verdad todos deben escucharnos. Pero no es así. En las redes, no existe este tipo de argumentos de autoridad. La credibilidad depende de otros factores.

Por lo tanto me parece que hay 3 actitudes importantes para nuestra misión en el mundo de hoy, también en el mundo digital:

- 1) **Escuchar:** Hay que conocer al hombre al que hablamos, un hombre creado por Dios y herido por el pecado original. Un hombre que al mismo tiempo hay que escuchar. Sin escucha de los problemas, necesidades, sueños y expectativas del otro no es posible evangelizar. En la era de las redes, la escucha se llama “social listening”. Hoy es posible saber cuáles son las búsquedas más realizadas, los argumentos más compartidos o de mayor interés para las personas en estos momentos en la red.
- 2) **Salir al encuentro:** interceptar por el camino de la vida en las redes a las personas que están buscando sentido, que están buscando esperanza, que necesitan que alguien les hable de Dios. El mensaje adecuado, en el momento adecuado, en el lugar adecuado, a la persona adecuada. La gente nos atiende en la medida en que la atendemos y nos preocupamos por ellos.
- 3) **Acompañar:** significa crear una relación basada en el Evangelio. El primer argumento de autoridad es el tiempo que dedicamos a las personas. No se comunica abriendo perfiles o páginas web: se comunica en función del tiempo y la importancia que atribuimos. Y este acompañamiento debe llegar a ser en último análisis un acompañamiento personal, de persona a persona, porque sólo en el encuentro personal es posible abrir el corazón a la fe.

3.4. Un desafío para nosotros

En el pasado, las Obras Misionales Pontificias han sido ejemplo de cómo es posible utilizar la comunicación para despertar el compromiso misionero. En el caso de Pauline las cartas fueron una de sus grandes armas. La historia audiovisual está marcada por algunas de las producciones realizadas por los misioneros, que hoy constituyen los primeros testimonios audiovisuales de pueblos enteros. Las revistas misioneras como la vuestra han tenido un papel decisivo en la gesta misionera de las Obras Misionales Pontificias.

La revolución digital a la que hemos asistido en las últimas décadas, sin embargo, nos presenta un desafío. A pesar de los medios tradicionales de sensibilización y de recaudación, no podemos quedarnos al margen de la revolución digital, con todo lo que significa como impacto.

En este sentido, podemos decir sin temor a equivocarnos que nos encontramos en un momento histórico: En cuanto discípulos misioneros en el

mundo de hoy, ¿tendremos la creatividad pastoral para renovarnos en la era digital?, ¿Para compartir la fe y favorecer su crecimiento a través de las nuevas formas de comunicación?

Obviamente no tenemos una respuesta clara a esta pregunta. Lo que sí tenemos son elementos de respuesta que quiero esbozar y que corresponden a cada forma de misión.

- 1) **Identidad clara:** Ante todo, en la era digital, donde estamos bombardeados por mil realidades y mensajes, es necesario tener una identidad clara, no para excluir, sino para compartir. ¿Quién eres? ¿Y qué quieres compartir? La respuesta tiene que ser breve y comprensible. ¿Cómo presentamos nuestro mensaje y nuestras misiones como Iglesia, de modo que el hombre de hoy nos entienda?
- 2) **Nuestra promesa:** La identidad supone por tanto una motivación clara, yo diría más bien una pasión. Si nos avergonzamos de anunciar a Cristo a quienes no le conocen o no le han encontrado, está claro que nunca lograremos cumplir con nuestra misión. Por eso existe la necesidad de tener cristianos bien formados en la fe, de tal modo que se conviertan en cristianos que anuncian a Cristo.
- 3) **Conversión pastoral:** La conversión pastoral significa escuchar antes que predicar. Si no comprendo al otro, si no me intereso por el otro, no podré presentarle de manera creíble la propuesta de vida que nos ofrece Jesucristo. Escuchar, encontrar, acompañar. En pocas palabras, hacer red, y entrar en contacto directo con el hombre de hoy, salir a su encuentro aun a través de la red.

En una palabra: En el mundo digital de hoy es el hombre mismo que va cambiando: ¿cómo pueden nuestras instituciones favorecer el encuentro de este hombre con Jesucristo vivo y así realizar su tarea misionera? Yo no puedo darles una solución para su trabajo aquí en México, pero sí provocar su pensamiento y creatividad.

4. Para terminar: una propuesta

Queridos amigos, cuando con mucho gusto he aceptado venir a abrir con ustedes este año misionero, lo he hecho también por la cercanía del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. Y he recordado el libro de un periodista alemán, Paul Badde, que he leído hace bastante tiempo en alemán, y cuyo título, traducido, es: “María de Guadalupe. Cómo la aparición de la Virgen ha escrito el curso de la historia”. Este volumen me ha impresionado porque el autor defiende

una tesis singular: el acontecimiento histórico más importante del segundo milenio a nivel mundial ha sido la aparición de la Virgen en Guadalupe, porque la Virgen se ha presentado como una mujer indígena a un indígena, y así ha abierto el camino a la evangelización de estos pueblos. Hoy América latina es cristiana -y particularmente católica- porque la Virgen se ha aparecido aquí. Como he dicho, lo demuestra también en este santuario la gran religiosidad popular. Por eso, éste es un santuario misionero. La misión de la Iglesia en América Latina pasa también hoy a través de este santuario. Nuestras reflexiones, estrategias y planificaciones, también nuestra presencia en los “media” y en la web, son instrumentos humanos, pero la misión es una obra divina, y el Papa insiste en que es acción del Espíritu Santo. Como decía al principio, la misión da comienzo en la Trinidad, y el Espíritu Santo es el protagonista. Por eso este santuario, en las formas que consideréis oportunas, tendrá que llegar a ser un santuario para la oración en favor de las misiones. Este año misionero es una ocasión especial para que este santuario se convierta en un lugar de oración misionera, para despertar el sentido de la misión en todo el Pueblo de Dios. No olvidamos que Pauline Jaricot ha creado ante todo una red de personas para orar por la misión, y que la patrona de las misiones es Santa Teresa del Niño Jesús, una religiosa de clausura. Y mi propuesta para ustedes, Obras de México, es precisamente esta: que en el esfuerzo permanente de renovar hoy el anuncio del Evangelio, hagan de este Santuario un lugar de misión a través de la oración, para que por intercesión de la Virgen cada hombre conozca que Jesús le ha salvado. Muchas gracias.